

## SALUDO AL ESPIRITU DE VANGUARDIA

Al espíritu de vanguardia y al espíritu de las vanguardias, que no es lo mismo, quiero saludar ante quienes, si no lo encarnan, cuando menos se interesan activamente por ellos. Pues la vanguardia, en sus diversas encarnaciones, fue animada por una voluntad de cambio y experimento que contribuyó en buena medida a ofrecer nuevas perspectivas al arte de este siglo y a buscar medios y técnicas adecuadas a las percepciones que deseaba estimular.

¿Cómo caracterizar la vanguardia sino por el afán de adelantarse, hacer «otra cosa», afirmarse en la diferencia e ir más allá de las fronteras establecidas? El anticonformismo y la ruptura son los signos más visibles de la inquietud, que, casi sin advertirlo y a veces por gracia de sus adversarios, conduce a la cristalización de una postulación difusa en realizaciones concretas.

En el ámbito de la lengua española, más inclinado al mimetismo de como lo quisiéramos, la vanguardia se pone en marcha antes en las artes plásticas que en la literatura, Picasso precede a Gómez de la Serna. Nadie antes que Ramón removió las aguas de la prosa y está por ver si no fue Moreno Villa el primero en dar a la lírica una dirección imaginativa que no es la de los modernistas últimos, a cuya orilla se crió poeta.

Con todo, fue Vicente Huidobro quien encontró el nombre para la cosa y la puso en circulación en el universo mundo. Llamó creacionismo al modo de poetizar que inicialmente le atrajo y se enredó en polémicas que ni le disminuyeron ni le engrandecieron. El azar, el destino, quizá el carácter (la trilogía diltheyana), no siempre le fueron favorables. Vallejo y Neruda sedujeron a los jóvenes con otras armas y dando a la renovación un signo diferente; García Lorca creó en Nueva York una experiencia dramática que Huidobro no pudo fraguar, extraviado en un

París saturado de modernidad, hasta que, echándose atrás, revisó y puso al día su pájaro milagroso: *Altazor*.

Junto al creacionismo en que se dieron de alta cuando menos otros dos grandes poetas, Juan Larrea, a quien ahora mismo estoy viendo sentado frente a mí, el más joven de todos ustedes, y Gerardo Diego, el ultraísmo hace pobre figura. Y, sin embargo..., tenía razón Guillermo de Torre cuando reiteraba su convicción de que los ultra habían contribuido en alguna medida a sacar la poesía de lengua española del marco más bien rígido en que (con la excepción de Juan Ramón Jiménez y Moreno Villa) se encontraba. Entre los ultraístas, sólo Borges se salva, y Borges, cautivo como poeta en versos de una retórica decimonónica, ha rectificado y hasta querría tachar la página rebelde de su pasado.

Los poetas españoles del llamado grupo del 27 borrarón durante años hasta el recuerdo de los ultraístas, pero el esfuerzo, si no las obras de éstos, vale la pena de ser tenido en cuenta. De la avalancha surrealista que por esos tiempos se desencadenó no es éste el momento de hablar, ni tampoco puedo en los minutos de que dispongo hacer un inventario de los movimientos, a veces renovadores y heterodoxos, a veces no, que se sucedieron en el mundo hispánico: martinfierrismo, estridentismo, piedracielismo...

Más o menos persistentes, más o menos valiosos en sus logros, todos tuvieron en sus diferencias una afinidad esencial en la función discrepante: turbar y remover las conciencias, mantenerse y obligar a «los otros» a que se mantuvieran en el ¿quién vive? Y esto es lo que, me temo, ha dejado de ocurrir, porque al espíritu del pasado, al espíritu inspirador del cambio, que puso en cuestión cuantas ideas venían siendo aceptadas como inobjetables, le ha sucedido la pereza mental estimulada por el comercialismo y la nueva sociedad que, en muchos aspectos, y desde luego en los culturales, es poco más que una trivialización y degradación de las invenciones del lejano ayer.

Contra esta tendencia, no sé si reversible, quizá pueda hacerse algo, y porque creemos en esa posibilidad estamos reunidos ahora. Si algunas cosas nos separan, y así debe ser, pues las unanimidades tienen un sospechoso olor a regimentación, coincidimos en el deseo de mantener viva la poesía, alma de la cultura. Una y otra sólo podrán funcionar como tal alma si la voluntad de cambio persiste en ellas y hace de la invención su norma y considera a la repetición su enemigo. Crear quiere decir precisamente eso, y en cierto modo la palabra creacionismo sería

todavía hoy consigna válida de estas reuniones si la palabra consigna no chocara con la propia naturaleza abierta y libre que les deseamos.

Dos riesgos concurrentes, si no coincidentes, amenazan al ser mismo de la vanguardia y es preciso tener conciencia de ellos: el primero, fácil de advertir, pues sus efectos se observan en todos los niveles, en todos los momentos, es el de la comercialización, hoy tan visible en cuanto afecta a los objetos de cultura, desde el cuadro a la representación dramática, y el de la academización o apropiación y deformación profesional por la comunidad universitaria, cuyos intereses se dirigen más hacia el pasado que hacia el futuro. Como universitarios que somos casi todos nosotros, estamos obligados a repensar críticamente estos riesgos que tan directamente nos conciernen. La sociedad de consumo en que se inscriben nuestras actividades propicia por su naturaleza misma la asimilación e incorporación de las rebeldías al enorme complejo cultural (o pseudocultural) que constituye su infraestructura (infra y no supra, digo muy deliberadamente).

No es éste el momento de iniciar la minuciosa discusión que el problema requiere. Basta por ahora con señalar su existencia y recordar que las dificultades, casi diría las imposibilidades opuestas a la existencia y a la vigencia de la vanguardia, son hoy mayores que nunca. Nuestro tiempo ha visto cómo las ortodoxias no sólo transigen con las heterodoxias, sino que se las asimilan y exhiben como emblema de su bandera.

¿Qué se hizo con los surrealismos de antaño? ¿Qué de las rebeldías que hoy se liquidan a peso la docena? Contemplando las prácticas y no las teorías, no se requieren dotes de profecía para leer las líneas del futuro. Sí; las vanguardias son y nos son más necesarias que nunca porque jamás las inclinaciones conformistas tuvieron a su servicio los resortes de insidiosa seducción que hoy les facilita una democracia de consumidores en que los estilos del pensar, estimulados por los medios de comunicación de masas, se ajustan a doctrinas y a dogmas cuya aceptación corta las alas a la rebeldía de que se originan la novedad y el cambio.

Y puesto que la vanguardia es antes que nada un talante, hagamos lo posible por fomentar la predisposición a la aventura y la aceptación del riesgo que ésta lleva consigo como algo connatural. Aceptar el estancamiento es negarse la condición creadora, el estatuto imaginativo sin cuyo amparo la poesía no puede existir. Sigamos el ejemplo —no la obra— de quienes en un ayer no muy distante sintieron la creación y el cambio como urgencias de cada día, como condiciones o condicionamientos del ser.

En nombre de la Universidad de Chicago y de los organizadores de este simposio, les confirmo la bienvenida que acaba de desearles el decano Weintraub, y me siento entre ustedes a escuchar sus propuestas, sus comentarios y sus análisis en torno a los poetas que, sin proponérselo, lograron que su conducta se convirtiera en ejemplo, si no en modelo, para todos.

RICARDO GULLÓN

*University of Chicago.*